

La mia comodidades  
Presenta, donde lograrais,  
Al lado de vuestro primo  
Vivir en eterna calma.

Yo, soy solo; y mis criados  
En serviros se afanaran,  
Porque entonces fueran vuestros  
Como es vuestra la mi casa.

Vuelvo á repetir, si Félix  
Inconveniente no halla  
En ello, como yo espero,  
Si es que deveras os ama,

—Si él consiente, estoy dispuesta  
A admitir aquesta gracia,  
Y ácia vos mi gratitud  
Será eterna, extraordinaria.

Aquese mutuo cariño  
Que se tienen nuestras almas,  
Señorita, dijo Braulio,  
Mucha sorpresa me causa.

Sin duda tendreis motivos  
Grandes en extremo para  
Respetar la voluntad  
De D. Felix con tal calma.

—Seguramente, D. Braulio.  
Que los tengo y de importancia:  
Motivos, sí, poderosos,  
Que no olvido en mi desgracia.

De los celos sintió Flan  
El torcedor que desgarrá,  
Al oír tal confesion  
De la mujer que ya amaba.

Y así anhelando saber  
Los motivos que albergara,  
Para descubrir tan solo  
Si tal vez al primo amaba,

Dijola con dulce acento  
Y sin revelar sus ansias,  
Sin quitar de ella la vista,  
Estas muy cortas palabras:

—Si molestia conocida  
El contarme no os causara  
Esos motivos, gran dicha  
En oírlos yo alcanzara.

—Ni el mas leve inconveniente  
Para ocultar, me acompaña  
Lo que yo debo á mi primo,  
Ni el afecto que á él me enlaza



Pero es una historia, acaso  
Para vos fea y cansada  
La que tengo que contaros,  
Que casi empieza em mi infancia.

Tendré gran satisfaccion,  
Señorita, en escucharla,  
Pues para que me interese  
Que vuestra sea le basta.

—Es de muy poco interes;  
Mas, señor Flan, escuchadla,  
Y procuraré ser breve  
Para no hacerla cansada:

—Reducida mi madre à la miseria  
Desde la muerte de su esposo tierno,  
De Yucatan en la campaña horrenda,  
Por enemiga bala ardiente muerto,

A Puebla retirose la infelice  
Con su dolor terrífico y acerbo,  
Llevando á esta infeliz, único fruto  
De su constante amor en su tormento.

Pero allí abandonadas, sin recursos,  
Por desgracia olvidadas del gobierno,  
A la miseria mas horrible y fiera  
Nos vimos reducidas al momento.

Mi desgraciada madre que sentia  
De su primer desdicha todo el peso,  
No pudo soportar ya este otro golpe,  
Y cayó enferma sobre el triste lecho,

Sin criada ninguna, sin recursos,  
Solas, del mundo corruptor en medio,  
¿Qué podria esperar mi pobre madre?...  
La muerte sola como un bien del cielo.

Mas ¡ah! tenia una hija: una hija tierna  
A quien iba á dejar sola en el suelo;  
Y esta idea terrible la inquietaba  
Y aumentaba su mal y su tormento.

Ocho años, poco mas, tendria entonces  
Yo D. Braulio; y así es que junto al lecho  
De mi madre no habia mas que lágrimas,  
Y gritos dolorosos y lamentos.

Mas ¡ah! la enfermedad de dia en dia,  
Por nuestro duro mal, iba en aumento,  
Hasta que la infeliz, mi amada madre,  
Conoció de su vida cerca el término,

“Soledad, hija mia que yo adoro,  
“Díjome la infeliz con tierno acento,  
“Voy á morir... Voy á dejarte, oh ángel,  
“Abandonada, sola y sin consuelo.



“Oh! la muerte, la muerte fuera dulce  
 “Para mí, que por siempre estoy sufriendo,  
 “Mas ¡ah! como mirarla que se acerca,  
 “Sin horror, cuando á tí, mi amor te dejo.

“¿Quién cuidará de tí?.. ¿quién, hija mia?  
 “Flor delicada sobre el tallo tierno  
 “Eres, sin cuidador que te defienda:  
 “Espuesta á que te arranque un hombre fiero.

“Tierno boton que su capullo acaba  
 “De abrirse amante al delicado céfiro;  
 “Mas que verá sus hojas esparcidas,  
 “Si silba ¡oh Dios! el huracan horrendo

“¡Hija: por el amor que te consagro:  
 “Por el cariño de una madre, inmenso:  
 De tu madre infeliz y moribunda,  
 “Que nunca pierdas tu virtud te ruego.

“Mas ¡ah! tu no comprendes, hija mia,  
 “No comprendes lo que hoy decirte quiero..  
 “Eres muy tierna aun, por mi desgracia;  
 “Y no conoces los del mundo riesgos.

“Mas corre, al punto, mi adorada hija,  
 “Por un fiel confesor; porque ya siento  
 “Que se me anubla la cansada vista,  
 Y que respira con trabajo el pecho...” —

Sin esperar á mas, obedecíla,  
 Mi desgracia fatal no comprendiendo;  
 Y á poco el confesor llegó con Félix  
 De quien era benévolo maestro.

Félix y yo quedamos en la sala;  
 Y el sacerdote entrose al aposento  
 Do se hallaba mi madre moribunda,  
 Para ausiliarla en su postrer momento.

Volvió Mendíbil al siguiente día,  
 Nuestra miseria triste conociendo,  
 Con su madre amorosa, á ver á aquella  
 Que á mí la vida diome en este suelo.

Mas ¡cuál fué la sorpresa inesplicable  
 Que sintieron las dos dentro del pecho  
 En el instante mismo en que sus ojos,  
 Una en otra fijaron con anhelo...

La madre de Mendíbil arrojose  
 A abrazar á la mia, sin sosiego,  
 Gritando; “hermana mia, hermana mia,”  
 Hermana de mi amor, al fin te veo”.....

Y estas mismas palabras repetia  
 La que se hallaba en el humilde lecho;  
 Y abrazadas las dos estrechamente,  
 Mil de ternura lágrimas vertieron.



Mas ¡ay! á los tres dias al sepulcro  
Mi madre descendió, por mi tormento;  
Pero al cuidado de su tierna hermana  
Al dejarme, murió ya con sosiego.

Mi tia desde entonces cariñosa,  
Me cuidó con afan, con dulce empeño;  
Y don Félix y yo, cual dos hermanos,  
Juntos vivimos, de ventura llenos.

Mas ¡ay! estaba escrito, sí, Don Braulio,  
En las brillantes bóvedas del cielo,  
Que desgraciada yo fuera en el mundo,  
Y era preciso, indispenable, serlo.

De mi segunda madre la atroz pérdida,  
Dispuso, en su saber, el Ser Eterno;  
Y de Félix tambien bajo á la tumba  
La que le diera el ser, á poco tiempo.

Solos entonces, huérfanos, sin bienes,  
De la desgracia y la miseria en medio,  
Dispuso Félix colocarse al punto,  
Y venimos los dos juntos á México.

Aquí tuvo la dicha en vuestra casa  
De hallar colocacion en el momento;  
Y desde entonces véome obligada  
A vivir sola, por mi desconsuelo.

Mas cuanto él gana, me dá lo amoroso  
Sin que él guarde, D. Braulio, un solo céntimo  
Por mantenerme á mi decentemente,  
El infeliz de todo careciendo.

Ved, pues, D. Braulio, si motivos hartos  
Para apreciarle y respetarle tengo.  
—Demasiados, señora, demasiados;  
Que digno se ha hecho, si, de vuestro aprecio

Esa noble conducta que ha observado,  
Y ese desinteres y noble empeño,  
Que hácia él mi estimacion han aumentado  
Con franqueza y con gusto lo confieso.

Por eso ya en sacaros de esta casa,  
Tengo mas fuerte y decidido anhelo,  
Y que en la mia al lado de D. Félix,  
Vivais feliz y libre de tormentos.

—He prometido recibir gustosa  
Cuanto me proponeis, si accede á ello  
Mi primo.—Bien está: yo estoy seguro  
De que ha de complacerme cual anhelo.

---

Y no bien dijo  
Estas palabras,  
Cuando entró Félix  
A donde estaban,



—Cumplido queda  
Lo que ordenarais:  
Dijo á D. Braulio  
En cuanto entrara.

Esmit, mirando  
Se le obligaba  
A no ir de México  
O á que pagara,

Pagó la suma  
Que os adeudaba,  
Pues le interesa  
Salir mañana.

Pues tiene en Puebla  
De alta importancia,  
Asunto grave  
Que á allí le llama.

Los dos mil pesos  
Llevé ya á casa,  
Y de él la cuenta  
Dejé cerrada.

—Está bien, Felix:  
Vuestra eficacia  
Mis intereses  
Siempre los salva.

Pero dejemos  
Lo que se trata,  
Por otra cosa  
Mas necesaria.

—¿Mas importante?...  
—Para vuesta alma,  
Y hácia esta jóven  
Que tanto os ama.

—¡Cielos!—Don Félix,  
No ignoro nada,  
Pues de decirme  
Todo, ella acaba.

—¡Oh! qué imprudencia!  
—Muy necesaria,  
A que sus penas  
Fin encontraran.

Vos cometisteis  
Solo lo falta,  
En ocultarme  
Lo que pasaba.

Sabeis mi aprecio.  
Sabeis que nada  
Negado hubiera  
Si algo me hablarais.



Mas Dios me trajo  
Hoy á esta casa,  
Y por fortuna  
El mal se acaba.

—¡Señor D. Braulio!  
¡Oh! bondad tanta,  
No la creia,  
No la esperaba!... —

Y entre sí dijo:  
Que le agradara  
Mi matrimonio  
No lo esperaba.”

—Vivir no debe  
Ya en esta casa  
Soledad bella,  
La jóven casta.

Que aquí estuviera  
Sola y sin calma  
Ya por mas tiempo,  
Fuera una falta.

Espacio tiene  
Grande mi casa,  
Do vivir puede  
Con dicha plácida.

Y allí reunidos,  
En mi compañía,  
Vivireis ambos  
En la abundancia.

—Señor D. Braulio,  
No hallo palabras  
Con que espresaros  
Lo que mi alma,

Os agradece  
Bondad tan alta,  
Favores tantos  
Y dichas tantas.

—Que agradecerme  
No teneis nada:  
Felices quiere  
Veros mi alma.

Mas adelante  
Veré de darla  
Un tierno esposo  
Que feliz la haga.

—¡Como!... ¿un esposo?—  
Esto faltaba,  
Dijo entre dientes  
Felix, sin calma.



Y yo que á echarme  
Me iba á sus plantas  
Y á demostrarle  
Por qué callara

Hasta hoy mi enlace...  
—Solo nos falta  
Vuestro permiso  
Qué ella ahora aguarda.

¿Qué habeis resuelto?...  
¿Anhelais vaya  
De esta vivienda  
A la mi casa?

—Señor D Braulio,  
Por mí aceptara  
Sin replicaros  
Ni una palabra.

Pero quisiera  
Que me mostrara,  
Su opinion antes  
Mi prima amada.

Por no mostrarse  
Tal vez ingrata  
A los favores  
De vuestra alma,

Os haya dicho  
Que pronta estaba  
Si yo queria,  
A ir á otra casa

Mas yo quisiera  
Que ella me hablara  
Con la franqueza  
Que es necesaria.

Mas para esto  
Que sola estara  
Conmigo un rato  
Yo os lo apreciara

—Esa advertencia  
Félix, me agrada,  
Por que la creo  
Muy acertada.

Iré entre tanto  
Yo hácia mi casa,  
Para que arreglen  
De ella la estancia.

Y si ha admitido  
Ir á mi casa,  
Allí os aguardo:  
Con vos que vaya.



Y despidiéndose  
Sin mas tardanza,  
Solos dejolos  
Como anhelaban.

—Qué dices, Mendivil de esto?  
Le preguntó Soledad:  
¿Que dices de tal bondad,  
Y cariño manifiesto?

—¿Qué te he de decir, mi amor?  
Que estoy lleno de alegría,  
Pues la cosa no podía  
Salir, para ambos mejor.

—¿Cómo! ¿te causa contento  
Esta aventura inclemente,  
Y que el buen D. Braulio intente  
Sacarme de aqui al momento?

—Tranquilízate y escucha.  
Y verás como tambien  
Tomas esto por un bien  
Y por felicidad mucha.

¿Qué proporción mas propicia  
Se nos puede presentar  
Para unidos siempre estar,  
Que es toda nuestra delicia?

¡Vivir bajo un mismo techo!...  
Mirar, oh Dios, que me miras,  
Y el aire que tu respiras  
Poder respirar mi pecho!....

Verte siempre sin temor,  
Anjel mio, á todas horas;  
Y escuchar ¡ay! que me adoras;  
Y jurarte eterno amor!...

Las mismas cosas tocar  
Que tus dedos han tocado,  
Sentarme siempre á tu lado  
Y tu rostro contemplar!....

¡Oh! sí, he aquí mi placer:  
He aquí mi bien profundo:  
Cuanto apetezco en el mundo:  
Todo para mí ¡oh mujer!...

—Pero à Braulio ¿qué motivo  
Le ha podido acompañar  
Para querer mejorar  
Mi suerte así compasivo?

¿Siniestras miras no puede  
Con respecto á mí, tener?  
Yo siempre llevo á temer  
Del que así en bondad se escede.



—Calla, Soledad, por Dios:  
No ofendas con tu sospecha,  
Al hombre que tiene hecha  
La ventura de los dos.

El es virtuoso y humano;  
Y de tí compadecido,  
Poner remedio ha querido  
A tu padecer tirano.

Lo conozco muy á fondo:  
Descansa, pues, vida mia:  
Que de su honor é hidalguía  
Y de su virtud, respondo.

Tal vez en su corazon,  
Nuestro gran cariño al ver,  
Quiere nuestra dicha hacer  
Con una plácida union.

—Veo que estás decido  
A que me mude de aquí;  
Y obediencia solo en mí  
Hallarás, Félix querido.

Vamos: que si oculto amor  
A D. Braulio á esto ha obligado,  
Siempre en mi pecho grabado  
He de llevar el honor.

Y los dos en el instante.  
Sin pronunciar mas palabras,  
Los muebles los trasportaron  
De una casa á la otra casa.

Lleno de placer D. Braulio,  
Pues el amor le abrasaba  
Que tenia á Soledad,  
Recibióles con faz plácida.

Mas aqui á los tres reunidos,  
Llenas de dicha las almas,  
Dejémosles, y pasemos  
A otro punto sin tardanza.

